

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

IGUALDAD SOCIAL  
Y LIBERTAD POLÍTICA

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Edición de Pierre Gibert

Prólogo de María José Villaverde

Traducción de Joaquín Esteban Perruca

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Égalité sociale et liberté politique.*  
*Une introduction à l'œuvre de Tocqueville*  
Traductor: Joaquín Esteban Perruca

© Pierre Gibert, 1977, 2015  
© del prólogo, María José Villaverde  
© de la traducción revisada y corregida, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Ilustración de cubierta: Honoré Daumier  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: septiembre de 2015

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-943664-3-7  
Depósito legal: C-849-2015

## ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA, POR MARÍA JOSÉ VILLAVERDE	13
INTRODUCCIÓN, POR PIERRE GIBERT	21
I. DEL NACIMIENTO AL PRIMER VIAJE A INGLATERRA (1805-1833)	37
1. Quince días en el desierto	44
2. Configuración de América	46
3. Un mitin en Londres	49
II. DE LA PRIMERA PARTE DE «LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA» A «EL ESTADO SOCIAL Y POLÍTICO DE FRANCIA ANTES Y DESPUÉS DE 1789» (1835-1836)	55
1. <i>La democracia en América</i> (primera parte, 1835)	58
La introducción	58

Por qué se puede decir con rigor que en los Estados Unidos es el pueblo el que gobierna	78
La envidia de las clases inferiores hacia las superiores es un sentimiento democrático	79
Ventajas indirectas que la sociedad obtiene del gobierno de la democracia	80
La omnipotencia de la mayoría y sus efectos	83
Tiranía de la mayoría	85
Las repúblicas democráticas ponen el espíritu cortesano al alcance de la mayoría	90
Por qué, en nuestros días, los católicos forman la clase más democrática y más republicana	91
Importancia de lo que precede con relación a Europa	92
Dificultades que encuentran los americanos para crear una aristocracia	99
Conclusión	100
2. Notas de un viaje a Inglaterra	102
3. <i>El estado social y político de Francia antes y después de 1789</i>	106
III. LA SEGUNDA PARTE DE «LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA» (1840)	
1. Perspectivas de la segunda parte de <i>La democracia en América</i>	158
2. Por qué los pueblos democráticos muestran un amor más ardiente y duradero por la igualdad que por la libertad	161
3. Del individualismo en los países democráticos	167
4. Del gusto por el bienestar material	170

5. Efectos concretos del deseo de goces materiales en los tiempos democráticos	172
6. Las decepciones del Estado democrático	175
7. Cómo el gusto por los goces materiales se une, entre los norteamericanos, al amor a la libertad y a la preocupación por los asuntos públicos	178
8. Por qué en épocas de igualdad y de duda conviene alejar el objetivo de las acciones humanas	182
9. Por qué las grandes revoluciones serán raras	186
10. La igualdad proporciona naturalmente a los hombres el deseo de instituciones libres	204
11. Los sentimientos de los pueblos democráticos, así como sus ideas, favorecen la concentración del poder	205
12. Qué clase de despotismo deben temer las naciones democráticas	210
 IV. DEL PRIMER VIAJE A ARGELIA AL PROYECTO DE MANIFIESTO (1841-1847)	 221
Proyecto de manifiesto <i>Sobre la clase media y el pueblo</i>	229
 V. DE LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO AL GOLPE DE ESTADO (1848-1851)	 237
Discurso sobre la cuestión del derecho al trabajo	240

VI. DEL RETIRO A «EL ANTIGUO RÉGIMEN Y LA REVOLUCIÓN» Y LA MUERTE (1852-1859)	269
1. Introducción	273
2. Cuál ha sido la obra de la Revolución francesa	284
3. Francia era el país donde los hombres se habían vuelto más iguales	286
4. Cómo los franceses quisieron reformas antes que libertades	292
5. Cómo la Revolución surgió por sí misma, según lo que precede	301
 BIBLIOGRAFÍA	 311
 ÍNDICE ONOMÁSTICO	 315

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA





El 29 de julio de 1805 nacía en el castillo de Verneuil, cerca de París, Alexis de Tocqueville, el pensador francés más importante del siglo XIX. Tocqueville fue testigo de un periodo crucial de la historia de Francia que va desde la caída de Napoleón y la Restauración de los Borbones, en 1815, hasta las revoluciones de 1830 y 1848 y la proclamación de la II República. Vivió los últimos estertores del régimen napoleónico y la entronización de Luis XVIII de la mano de Fouché, el antiguo regicida, y fue testigo, 15 años más tarde, del levantamiento popular que acabó con la dinastía de los Borbones y con el Antiguo Régimen e instauró una monarquía constitucional.

Estamos en 1830. El nuevo monarca, Luis Felipe de Orleans, el «rey burgués», entronca con la Revolución de 1789. Ha pertenecido al club de los jacobinos y es hijo de Felipe Igualdad, el primo de Luis XVI que votó a favor de la ejecución del rey. Dos imágenes simbolizan la nueva legitimidad de esa dinastía sin pasado, nacida de una insurrección. La primera es una escena en el Ayuntamiento de París, el 31 de julio de 1830. La Fayette, el mítico general revolucionario, entrega al nuevo monarca la bandera tricolor, símbolo de la Revolución, y le corona rey con el

beso republicano. La segunda es un retrato anónimo de Luis Felipe vestido de oficial de la Guardia Nacional, la milicia burguesa, izando la bandera con el paisaje de fondo de una barricada.

Alexis de Tocqueville, a diferencia de su familia, aceptó el nuevo régimen y entró en la vida política después de su regreso de los Estados Unidos, donde se gestó *La democracia en América*, obra que le reportó notoriedad y un sillón en la Academia francesa. En 1839 fue elegido diputado. En la Cámara se sentaba en los bancos de la oposición, con el escritor Lamartine y un pequeño grupo de independientes, quienes acabaron todos siendo ministros de Luis Napoleón Bonaparte. No era un líder político ni tenía dotes oratorias, pero sí una lucidez y un olfato para prever los acontecimientos que todos los historiadores subrayan. De su actividad parlamentaria destaca el discurso que pronunció el 27 de enero de 1848 ante la Cámara de los Diputados, en el que atacó sin contemplaciones al régimen burgués y a su hombre fuerte, Guizot, por su corrupción, su ceguera política y su incapacidad para ofrecer soluciones a un problema cada vez más acuciante, la cuestión social. Pero hizo algo más, vaticinó que la revolución era inminente y que esta vez sería una revolución social. Nadie le hizo caso, pero apenas un mes más tarde se producía el estallido de 1848.

En sus *Recuerdos*, Tocqueville supo dibujar como nadie —excepto tal vez Marx, Blanqui y algún que otro socialista— el escenario político de los años anteriores a 1848, y detectó las fuerzas subterráneas que se estaban fraguando. Dicho escenario era el de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, y las poderosísimas corrientes

que aparecían en el horizonte eran el republicanismo, el socialismo y el comunismo. Entre los años 1835 y 1840, una parte del movimiento republicano, decepcionado con el orleanismo, se había hecho socialista. Los problemas sociales habían comenzado a cobrar tanta importancia como los políticos. Ya no se trataba solamente de derrocar a la monarquía, sino de transformar el orden social, de acabar con la propiedad privada y la desigualdad social. El centro de la diana empezó a ser el sistema capitalista.

El año 1840 fue decisivo para la difusión de las ideas socialistas. Louis Blanc, Proudhon, Lamennais, Pierre Leroux y Cabet publicaron algunas de sus obras más representativas. Pero tras la escena principal que ocupaban los grandes protagonistas políticos emergieron otras figuras, como las feministas George Sand o Flora Tristán, ambas simpatizantes de Fourier, novelistas románticos o de tendencias socialistas como Victor Hugo, Lamartine, Alfred de Musset, Eugène Sue, Sainte-Beuve o Balzac, periodistas republicanos moderados como los de *El Nacional*, o más radicales como los de *La Reforma*, donde se daban cita los neojacobinos, los republicanos liberales de Ledru-Rollin y el socialismo de Louis Blanc. A ellos hay que añadir el sinfín de agitadores, excarbonarios y miembros de sociedades secretas, entre los que destaca Blanqui, el eterno conspirador que pasó media vida en las cárceles francesas. Incluso Marx formó parte del mundillo de las sectas socialistas y comunistas parisinas, atravesadas por conflictos y rencillas permanentes, hasta ser expulsado de Francia por Guizot en 1844.

El desencadenante de la revolución de 1848 fue la negativa de Guizot y de sus amigos, los doctrinarios, a re-

formar la ley electoral y a ampliar el censo. El 24 de febrero, Luis Felipe, abandonado por la Guardia Nacional, abdica y se proclama la II República. Una marea de entusiasmo revolucionario recorre Europa. Es la «primavera de los pueblos». Un gobierno provisional formado, entre otros, por el escritor Lamartine, antiguo legitimista, por periodistas de *El Nacional* y de *La Reforma*, y por Louis Blanc, muy popular entre los obreros por su doctrina del «derecho al trabajo», se constituye a toda prisa en el Ayuntamiento. Blanc tiene un efímero momento de gloria que quedará truncado tras la masacre de junio, cuando se recurre al ejército para «salvar a la República del proletariado».

Tocqueville fue uno de los actores del drama de 1848. Apoyó la proclamación de la República, fue elegido, como independiente, diputado de la Asamblea y formó parte de la comisión encargada de redactar la nueva Constitución. Fue incluso ministro de Asuntos Exteriores durante un breve periodo de tiempo en 1849, siendo Luis Napoleón presidente de la República. Pero, tras el golpe de Estado de 1851 y la proclamación del Segundo Imperio, abandonó la política. En esa escena era un bicho raro y aislado al que no impulsaban intereses partidistas ni tampoco el ansia de poder, sino convicciones ideológicas. Su retrato como ministro, a los 44 años, es la antítesis de los retratos de los políticos que han alcanzado la cima. Su expresión tímida y melancólica, su mirada de adolescente reflexivo, es la de un hombre al que no le interesa hacer carrera y que desprecia la vulgaridad del mundo burgués. Su universo era aristocrático —era bisnieto de Malesherbes, el defensor de Luis XVI ante la Convención—, pero no era un hombre

del Antiguo Régimen. Era un disidente a caballo entre dos mundos, la sociedad del Antiguo Régimen, engarzada sobre los privilegios de la nobleza, a la que pertenecía por nacimiento, y la nueva sociedad igualitaria, forjada sobre el concepto de nación, que aceptaba con espíritu crítico.

Alexis de Tocqueville pertenece a la estirpe de los grandes pensadores liberales del siglo XIX, como Benjamin Constant, John Stuart Mill o lord Acton. Pero fue el primero que se interesó por un fenómeno político que estaba emergiendo en los Estados Unidos, la democracia. Y fue también el primero en vaticinar que ese retrato magistral de la democracia americana que nos ofrecía era el futuro de Europa. Y, en efecto, las últimas páginas de *La democracia en América*, escritas hace casi dos siglos, las más brillantes y las que paradójicamente menos gustaron a sus contemporáneos, radiografían nuestra época con una lucidez y una precisión admirables.

Su mirada se fija en uno de los rasgos más característicos de nuestro tiempo, el individualismo, que repliega a los ciudadanos en la esfera familiar, les aparta de lo público y, por negligencia o comodidad, les induce a hacer dejación de sus derechos en manos del Estado. Ese Estado benefactor, al que se otorga más y más poder y al que se exige que resuelva todos los problemas, alcanza así con sus largos tentáculos los últimos reductos de la vida humana, hasta controlar toda su existencia. Creemos cándidamente que la soberanía del pueblo conjura la amenaza del despotismo, pero la soberanía popular puede convertirse en la tapadera que lo esconde, en la farsa que convierte al pueblo en actor durante el tiempo necesario para elegir a los nuevos amos, a los que unos ciudadanos negligentes, incapaces de asumir

responsabilidades, se encomiendan en cuerpo y alma. De este modo, el despotismo democrático convierte a la nación en un rebaño de animales pastoreado por el Gobierno. Tocqueville no solo alerta del peligro, sino que propone soluciones para prevenir los desvíos de la democracia: se necesita una sociedad civil alerta y fuerte, estructurada en asociaciones múltiples que fijen frenos a los poderes públicos, así como una prensa libre, una justicia independiente y una gran descentralización administrativa.

Pero tal vez el mayor peligro que acecha a las sociedades democráticas sea la pasión por la igualdad, que reduce con el mismo rasero a todos los individuos, que descabeza lo que sobresale, lo que destaca, lo excéntrico y lo diferente, que la mayoría de los ciudadanos no tolera. Vivimos en una época en la que la opinión de la mayoría y el poder arrollador de la opinión pública amenazan gravemente la libertad. Ese poder modela sutilmente nuestras mentes, nos oprime y nos coarta sin que nos demos cuenta. La voz de Tocqueville, como la de Stuart Mill o la de Acton, nos anima a luchar contra esa opresión silenciosa que nos hace dependientes de lo que nos dictan los demás, a asumir sin miedos nuestras opiniones y creencias, y a tomar las riendas de nuestras vidas. De toda su valiosa obra, tal vez sea ese el mensaje que más le hubiera gustado legarnos.

MARÍA JOSÉ VILLAVERDE

## INTRODUCCIÓN





El 24 de febrero de 1848, en París, durante una de esas jornadas en las que «se respira una atmósfera revolucionaria», un diputado, después de algunas dificultades, logra llegar a la Cámara para ocupar su «escaño acostumbrado en los bancos del centro-izquierda». Se llama Alexis de Tocqueville y tiene 42 años; hace 13 que se le conoce por una obra cuya duodécima edición está a punto de aparecer: *La democracia en América*. El espectáculo que ese día se le ofrece está lleno de color: «Al pie de la tribuna y adosado a ella», el conde de París, con «la despreocupación propia de su edad y la impasibilidad precoz de los príncipes», el duque de Nemours, «un poste vestido de teniente general», y la duquesa de Orleans, «sentada, vestida de luto, pálida y tranquila». Alrededor de esos «príncipes desgraciados», los numerosos diputados que, en ausencia de los principales jefes de los partidos, se agitan en un confuso debate. El tumulto crece. De pronto, «un tropel armado» invade el hemiciclo. «Amigos de confianza conducen a la duquesa de Orleans y a su hijo fuera de la sala por el corredor del fondo, y el presidente balbucea unas palabras que quieren decir que se levanta la sesión». La mayoría de los diputados conservadores huye; «el populacho, que

había permanecido hasta entonces de pie, se abalanza sobre los bancos del centro gritando: ¡Ocupemos el lugar de los vencidos!».<sup>1</sup>

Tal es, esquemáticamente recordada, la descripción que hace Tocqueville de esa jornada de febrero de 1848 en la que la Cámara se quedó sin diputados y Francia sin rey, y se precipitó en una revolución que él había sido uno de los pocos capaces de prever y de anunciar.<sup>2</sup> Pero, más que los detalles históricos que nos ha suministrado, nos interesa su actitud en aquellos momentos:

Durante las escenas tumultuosas que acabo de describir, permanecí inmóvil en mi banco, *muy atento*, pero escasamente emocionado; y ahora, *cuando me pregunto por qué* no experimenté una emoción más profunda en presencia de unos sucesos que debían ejercer tanta influencia en el destino de Francia y en el mío propio, encuentro que la forma en que se produjeron disminuyó mucho su efecto sobre mí [...]. A pesar de los sables desenvainados, de las bayonetas y de los fusiles, no tuve en ningún momento la impresión de encontrarme en peligro de muerte, ni tampoco de que nadie lo estuviera, y de hecho creo que no lo estuvo. Los odios sanguinarios solo se desencadenaron más tarde, pues todavía no habían tenido tiempo de madurar; el espíritu particular que debía caracterizar la revolución de febrero todavía no se mostraba en absoluto. Mientras

1. *Recuerdos*, texto revisado, anotado y prologado por Luc Monnier, t. XII de las *Obras Completas de Alexis de Tocqueville*, París, Gallimard, 1964, pp. 58-74.

2. *Cf.* especialmente su discurso en la Cámara del 29 de enero de 1848.

tanto, se intentaba avivar con las mismas pasiones de nuestros padres, pero sin lograrlo; se imitaban sus gestos y sus actitudes tal y como se habían visto en el teatro, ya que no se podía imitar su entusiasmo ni experimentar su furor. Se continuaba la tradición de actos violentos, pero no eran bien comprendidos por aquellas almas frías. Aunque *preveía claramente* que el desenlace de la obra sería terrible, me era imposible tomarme en serio a los actores, ya que me parecía estar contemplando una mala tragedia representada por histriones de provincia.<sup>3</sup>

Todo Tocqueville se encuentra en estas líneas: el escritor de calidad —a veces en los límites de la complacencia—, el observador impávido —y sin embargo, no desprovisto de pasión— y, sobre todo, el analista agudo a quien las realidades inmediatas le proyectan siempre hacia el futuro. *Estar atento, buscar el porqué, ver claramente:* expresiones todas que muestran el genio de un hombre y que se encontrarán, de una forma o de otra, a lo largo de su obra, desde las primeras hasta las últimas páginas.<sup>4</sup>

La carrera de Tocqueville se inicia con una exploración. El 18 de abril de 1831 se embarca hacia los Estados

3. *Recuerdos.* (La cursiva es nuestra.)

4. He aquí cómo se inicia su primera obra, *La democracia en América*: «Entre los temas nuevos que, durante mi estancia en los Estados Unidos, *han llamado mi atención*, ninguno ha *saltado a mi vista* más vivamente que la igualdad de las condiciones».

*El Antiguo Régimen y la Revolución*, última obra suya publicada en vida, termina así: «Heme aquí llegado al umbral de esta revolución memorable. No entraré en ella; pronto, tal vez, pueda hacerlo. Entonces no *consideraré sus causas*; la examinaré en *sí misma* y, finalmente, trataré de *juzgar* la sociedad que salió de ella». (La cursiva es nuestra.)

Unidos acompañado de su amigo Gustave de Beaumont. Le guía una idea muy precisa: estudiar la democracia en acto en aquel país. De esta «idea madre», de esta exploración y de las reflexiones que ambas provocan en él, nace *La democracia en América*.

Pero no nos engañemos. A pesar del lugar que la sociología moderna le reserva, a pesar de la agudeza de sus observaciones y de su análisis político de esa nación y el continente, Tocqueville no tuvo la pretensión de escribir una obra sobre los Estados Unidos.<sup>5</sup>

En cuanto a la finalidad política,<sup>6</sup> se trataba de dar a conocer un país democrático a una Francia en vías de serlo irremisiblemente, a pesar de las resistencias y el pasado.

Porque la historia está presente en esa obra. Es ella la que, en primer lugar, debe ayudar a la toma de conciencia del movimiento igualitario que desde hacía siete siglos estaba en marcha en Francia. El clero lo había iniciado reclutando a sus miembros en todas las clases de una sociedad fuertemente jerarquizada; los reyes también habían contribuido a ponerlo en marcha, ya fuese estimulándolo claramente, como Luis XI y Luis XIV, ya fuese ignorándolo o contraatacándolo.

Pero este movimiento «irresistible» no es tan solo social o político; es también cultural. Artes, literatura, filosofía, ciencia e incluso religión se verán marcadas por la

5. El 24 de enero de 1832 escribe a su padre: «Querer presentar un cuadro completo de la Unión sería una empresa impracticable para un hombre que no ha pasado más que un año en este inmenso país. Creo, sin embargo, que tal obra sería tan pesada como instructiva».

6. Cf. la introducción a *La democracia en América* y su correspondencia con E. Stoffels.

democracia, que crea no solo una cultura nueva, sino también un tipo nuevo de hombre.

Se podrá quererla o no. No faltarán prejuicios destinados a alabarla sin reservas o a tratar de abatirla con todas las fuerzas. Pero si una excesiva esperanza prepara la desilusión, los que pretenden impedir que la democracia nazca o tratan de destruirla deberían saber que, precisamente al obrar así, trabajan a favor de ella:

En todas partes, los diversos incidentes de la vida de los pueblos han redundado en favor de la democracia; todos los hombres han ayudado con su esfuerzo, los que se oponían a su triunfo y los que solo pensaban en servirla; los que combatían por ella y los que se declaraban enemigos; todos, en confusa mezcla, se han visto empujados en el mismo sentido y todos, instrumentos ciegos en las manos de Dios, han trabajado en común, unos a su pesar, otros con gusto.<sup>7</sup>

Pero, ¿qué es la democracia? Es difícil encontrar, tanto en esta opera prima como en las demás, una definición breve y definitiva. La dificultad radica en la naturaleza misma de un fenómeno que hay que captar a la vez en el pasado de Europa, en el presente de los Estados Unidos de América y hasta en las resistencias contemporáneas de los viejos sistemas políticos y sociales. La noción de democracia debe buscarse o perseguirse, pues, a través de todas esas realidades, es decir, a través de las grandes obras de Tocqueville: *El Antiguo Régimen y la Revolución*

7. Introducción a *La democracia en América*.

(1856), por lo que se refiere al pasado de Francia, los *Recuerdos de la revolución de 1848*, en cuanto a la situación en el momento en que Tocqueville participa en la acción política, y, evidentemente, *La democracia en América* (1835 y 1840), que expone el fenómeno a los ojos de un país en el que todavía no es visible.

Esquemáticamente, puede decirse que según Tocqueville la democracia consiste en «el desarrollo gradual y progresivo de la igualdad»,<sup>8</sup> que permite a todos y a cada uno, por encima de las diferencias hereditarias y de las desigualdades de fortuna, alcanzar un bienestar común, gracias, sobre todo, a la adquisición de riquezas materiales.

Secamente delimitado así, el proyecto democrático según Tocqueville lleva en su seno el perfil de una humanidad que no tendrá nada que ver con la precedente. Por eso, la historia podrá leerse, en adelante, según la sucesión de dos periodos, el primero de los cuales, el de los «tiempos aristocráticos», estaría caracterizado por una organización jerárquica de la sociedad, mientras que el segundo, el de los «tiempos democráticos», se caracterizaría por el primado de la igualdad en todo y para todos. Pero estos dos periodos se definen por una relación que hoy se calificaría de «estructural», entre autoridad y sociedad, relación que quedaría naturalmente invertida con el paso a los tiempos democráticos.

En los tiempos aristocráticos, la autoridad estructura la sociedad, cuya existencia así garantiza. Este tipo de autoridad no es solamente política, representada por una monarquía o una oligarquía; es también moral, intelectual y

8. *Ibidem.*

espiritual. Así, la verdad, en lo que puede tener de más absoluto, es en primer lugar verdad de la autoridad y, por tanto, verdad garantizada por ella. De ahí se desprenden una serie de comportamientos y de ritos, tanto sociales como políticos, morales como religiosos, que definen al hombre de los tiempos aristocráticos, sea rey, villano, señor o clérigo. Ese hombre se expresa a través de una estética, ya sea en política, mediante la representación «regia» del poder, en religión, mediante una liturgia minuciosa, o en las manifestaciones artísticas del espíritu humano.

Tocqueville define la sociedad que se está formando como un exacto contrapunto de ese tipo de antigua sociedad, ya que los *tiempos democráticos* operan el derribo de todos los valores que la fundamentaron. En adelante, será la sociedad la que estructurará el poder o la autoridad. Evidentemente, ese cambio de estructuras implica tal transformación de los valores y de las situaciones que no puede tener lugar en el transcurso de una sola generación y todavía menos ser el fruto de una decisión. Además, lleva consigo una serie de consecuencias en el comportamiento individual y social del hombre que no se limita a la simple adaptación a las nuevas condiciones de vida.

Tocqueville contempla, admira a veces, e incluso aconseja una transformación de las costumbres que se caracteriza por una cierta austeridad en la manifestación exterior del poder, sea este político, intelectual o religioso, por una mayor simplicidad en las relaciones sociales, por una mayor efectividad en la vida familiar. Pero, al mismo tiempo, teme que reine una mediocridad general, la de la común ambición, que daría lugar a la desaparición de esas

grandes virtudes y de esas grandes pasiones que caracterizan a los tiempos aristocráticos en todos los grados de la escala social.

Pero, a fin de cuentas, no es en las manifestaciones sociales o estéticas donde se plantea, para Tocqueville, el problema fundamental de los tiempos democráticos, sino en la grave tensión entre la búsqueda de la igualdad más absoluta y el respeto a la libertad tanto pública como privada. Ciertamente, no existe verdadera igualdad, ni siquiera posibilidad de igualdad, más que en la libertad. Pero, a pesar de los deseos y de una cierta lógica, la relación esencial entre ambas no se produce necesariamente. En todo caso, ahí están los hechos, lo mismo que las pasiones y las ilusiones de los hombres, para obligarnos a reconocer que las cosas no son tan claras y que, en la democracia, el equilibrio es siempre precario. Para Tocqueville, en consecuencia, el mayor peligro que corre este género de sociedad no es la anarquía, como se suele pensar precipitadamente, sino la tiranía, aunque esta sea la de la mayoría.

Es incuestionable que en todo esto hay una lectura de la historia, de una historia antigua, como es la de Europa, o de una historia contemporánea, como la de América, y que la reflexión y las categorizaciones de Tocqueville se desprenden indiscutiblemente del análisis de una realidad inmediatamente aprehensible en su época. ¿Quiere decir esto que nos encontramos simplemente ante una hábil lectura de la historia, aunque sea la de un filósofo, pero limitada, a pesar de todo, por las contingencias en las cuales se inscribe?

Para responder negativamente a esta pregunta, no basta con invocar la extraordinaria lucidez de Tocqueville,



la cual es ocioso subrayar hoy. Para nosotros, la actualidad de su obra no se desprende tan solo de su comprensión de la historia, sino, sobre todo, de una facultad de conceptualización que pone de manifiesto su aptitud para la universalización de lo concreto, pues Tocqueville ha hecho surgir de sus investigaciones y de sus análisis históricos una verdadera *dialéctica*: la de la *aristocracia* frente a la *democracia*, cuyas manifestaciones pueden verse permanentemente en las tensiones que caracterizan toda vida política en el sentido más amplio del término. Traducir las tensiones de las sociedades modernas en términos de búsqueda de una igualdad lo más perfecta posible, ver las revoluciones como los momentos en que esas tensiones se hacen insostenibles en la vida de una sociedad que aspira a eliminar brutalmente y de una vez por todas tal o cual elemento de desigualdad, es ver una permanencia de la sociedad humana identificada a un destino. Por eso, ninguna sociedad, ningún sistema de gobierno puede ser definido en términos de democracia adquirida, sino, a lo sumo, como en vías de aproximación mayor o menor a un ideal que, por definición, no se alcanza jamás. Y es que la aristocracia está siempre presente, renaciendo, en una humanidad que, para renovarse y ser fiel a su propio impulso, tendrá que luchar por eliminarla de su seno. Ahora bien, sean cuales sean las convicciones que se alimenten, sean cuales sean los métodos que se utilicen para lograr ese ideal, una piedra de toque permitirá siempre comprobar la autenticidad del esfuerzo, es decir, su adecuación al hombre: *la libertad*, que es, de hecho, el supremo valor moral de los tiempos democráticos.

Tales son, de un modo sumario, la visión democrática y la filosofía política de Tocqueville. Pero estas no bastan

para definir al hombre. Porque no cabe duda de que hay un cierto espíritu aristocrático en la forma en que Tocqueville se enfrenta con la democracia. La formación aristocrática del autor surge aquí o allá, al final de un capítulo de *La democracia en América* o en la introducción de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, aunque una lógica rigurosa le conduce finalmente a reconocer y aceptar una realidad democrática para la cual no está preparado por temperamento, por educación ni por origen familiar. Por eso, gracias a un párrafo de una carta, a un determinado acto de su carrera política o a una semblanza suya hecha por alguno de sus contemporáneos, siempre cabe la posibilidad de enfrentarse a Tocqueville con el propósito general de su visión política. Y es que si la *mirada* y la *atención* caracterizan al escritor, al sociólogo, al político, al historiador que él fue, no se puede olvidar la tensión constante en que vivió, creada por una racionalidad rigurosa, fielmente seguida, y por unos lazos sentimentales que le unían a un medio y a unas tradiciones que irremediablemente le enfrentaban consigo mismo. En este punto, tocamos un elemento esencial de la psicología de Tocqueville, tal vez un verdadero drama personal.

Lector precoz de una biblioteca familiar muy rica en obras de los *philosophes* del siglo XVIII, la duda se apodera de él a los 16 años, «no solo la duda de esto o de aquello, sino la duda universal».<sup>9</sup> Tocqueville considerará este hecho, durante toda su vida, como una de las mayores «miserias» del hombre, por utilizar la expresión de Pascal,

9. Carta de Tocqueville a Madame Swetchine, 26 de febrero de 1857.

uno de sus autores favoritos junto con Montesquieu. Así pues, no es ajeno a las contradicciones. De una sensibilidad casi enfermiza, efusivo en sus amistades, que nos han valido sus cartas más hermosas, extremadamente atento a lo que estudiaba, atormentado en su conciencia religiosa, fácilmente irritable, duro hasta la injusticia en sus juicios sobre los hombres, la vida de Tocqueville se caracteriza por una tensión siempre en los límites de la ruptura. Sus estudios, sus temas y sus intereses, incluso su vida política y su estilo, tienen su origen en ese temperamento, así como en una cierta aristocracia del pensamiento que se explica no solo por su inteligencia superior, sino también por su origen social. Él mismo hizo en cierta ocasión esta especie de testamento espiritual:

Tengo por las instituciones democráticas una apetencia intelectual, pero soy aristócrata por instinto, es decir, desprecio y temo a la masa. Amo con pasión la libertad, la legalidad, el respeto de los derechos, pero no la democracia. Eso es lo más profundo que hay en mí.

[...] No soy ni del partido revolucionario ni del partido conservador. Sin embargo, y sobre todo, me inclino más por el segundo que por el primero. Pues difiero del segundo más bien por los medios que por los fines, mientras que del primero me separan tanto los medios como los fines.

La libertad es la primera de mis pasiones. Eso es lo único cierto.<sup>10</sup>

10. Publicado por primera vez por Antoine Réquier, *Comme disait Monsieur de Tocqueville*, París, Perrin, 1925.

¿Es legítimo y razonable invertir los términos de lo escrito por un autor? Si osáramos hacerlo, diríamos que el conocimiento de su obra —las opciones que esta ofrece, no solo en cuanto a la aceptación de la democracia sino también en cuanto a su éxito— nos obliga a ello: Tocqueville estaba más cerca del partido revolucionario que del conservador, aunque difiera de este más por los medios que por los fines. No olvidemos una de las más tristes confesiones que le arrancó la observación de una democracia todavía por llegar:

Se cree que las sociedades nuevas quieren cambiar constantemente de rostro, pero yo *temo* que terminen por permanecer invariablemente ancladas en las mismas instituciones, en los mismos prejuicios, en las mismas costumbres; de ese modo, el género humano se detiene y se estanca; el espíritu se pliega y se repliega constantemente sobre sí mismo, sin producir nuevas ideas; el hombre se agota en pobres movimientos solitarios y estériles y, sin dejar de agitarse, *la humanidad no avanza en absoluto*.<sup>11</sup>

La antología que aquí presentamos ofrece largos extractos, en lugar de dividir cada obra en párrafos breves y separados del contexto, y busca revalorizar textos importantes pero poco conocidos. El proceso se ha complicado por la extensión de la obra de Tocqueville y por el poderoso encadenamiento de las ideas, no solo en cada capítulo o sección, sino en el conjunto de dicha obra. ¿Hemos afrontado con éxito la tarea? Evidentemente, a quienes

11. *La democracia en América*, segunda parte.

quieran captar el carácter arquitectónico de las grandes obras políticas de Tocqueville, no tenemos más remedio que recomendarles su lectura directa. Sin embargo, esperamos que esta selección de textos no les defraude, ya que uno de los fines de la presente edición es, precisamente, invitarles a dicha lectura.

Con vistas a evitar la multiplicidad indefinida de textos que al final no reflejarían como es debido la originalidad y la agudeza del pensamiento de Tocqueville, hemos optado por escoger un tema gracias al cual pensamos que el lector podrá penetrar en su obra y en su pensamiento. Dicho tema, la relación existente entre la igualdad social y la libertad política, se ha ido definiendo poco a poco como una especie de punto clave en toda la obra de Tocqueville. Si plantea una cuestión que para muchos resultará ser la cuestión fundamental de nuestra sociedad o de nuestras esperanzas de una nueva sociedad, habremos alcanzado plenamente nuestro fin, y habremos hecho tomar conciencia a la vez del meollo de una obra capital y de la actualidad de un pensamiento que todavía hoy asombra a quienes lo abordan.

Con estas intenciones, pues, y con estos principios, hemos espigado en la masa de los documentos publicados. Dada la unidad del pensamiento de Tocqueville, y que la mayor parte de los temas que trata en su madurez se encuentran ya enunciados en sus obras de juventud, hemos optado por la sucesión cronológica de los textos, esperando conseguir con ello las ventajas de una obra de introducción. Con esta perspectiva, hemos colocado a la cabeza de cada sección una cronología de su vida, ilustrada con breves testimonios procedentes de sus contemporáneos o de su propia correspondencia.

Naturalmente, la parte del león se la llevan *La democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Sin embargo, nos ha parecido que había dos textos que merecían ser citados íntegramente: el artículo aparecido en 1836 en el *London and Westminster Review*, traducido al inglés por John Stuart Mill, y el discurso sobre el derecho al trabajo, pronunciado en la Asamblea Nacional en septiembre de 1848. Sin tratar de recurrir a fáciles paradojas, pensamos que si Tocqueville no hubiera dejado más que estos dos textos, sería suficiente para que figurara en lugar honorable en la galería de los autores políticos del siglo XIX. Dichos textos tienen además el mérito de ofrecernos en sí mismos los dos aspectos esenciales de la personalidad de Tocqueville: el de analista político y el de diputado comprometido con la actualidad.

Pensamos que la mayor parte de los grandes temas de la obra de Tocqueville se hallan reunidos y destacados en esta selección, de tal forma que, al final del libro, el lector se habrá hecho una idea exacta de su obra. Pero nuestra ambición va más allá: pretendemos invitar al lector a proseguir la lectura sumergiéndose en la obra política y la apasionante correspondencia del autor. Tal es nuestro objetivo y nuestro deseo.

PIERRE GIBERT